



Junto al poeta en el fin del mundo

CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

Puerto Montt, Chile, 15 de agosto de 1999.

Al mediodía, tras dos horas perdidas en compositorías, me vi con dos viejos en la calle Arturo Prat de Puerto Montt, más al sur del planeta de lo que este Christopher haya estado; me vi, digo, obligado a consolar a don Ulises, el chofer, y a don Gonzalo, el poeta, pues su Todopoderoso, traído desde Chile por los caminos de Chile desde la noche anterior para recogerlos en el aeropuerto, decidió no cruzarnos jamás hasta Chiloé y privarme del cataclismo geológico inmenso.

Gonzalo se quería regresar de inmediato a Santiago, el chofer lamentaba su fracaso con un profesionalismo encomiable, yo tomé la decisión de alojarnos de inmediato en el Hotel Principal y pasar tarde y noche en la acedia absoluta, lejos de las bellezas naturales en este pueblo rabón, rodeado de volcanes chaparros y nevados.

Mientras don Luis, el filósofo mecánico que hemos localizado en este domingo, que Gonzalo Rojas

encuentra idéntico a Victor Serge intentaba sin éxito hacer mover al Todopoderoso, el poeta, aun entusiasta, me llevó al mercado de mariscos de Puerto Montt, donde ingerí sin inmutarme unos erizos crudos cuya terrenalidad geológica casi me hace vomitar pero, ay, Gonzalo con su vinacho y su bufanda boliviana, no iba a sufrir semejante agravio; en este País de los Cachetones, pues el padre de Galito viene de aquí junto, del incruzable e intransitivo Chiloé.

Hay niños enormes que se caen de cachetones, rollizos en una envergadura cómica, listos para ser devorados por alemanes distraídos de lobos y desde luego, muchas mapuchonas.

A los únicos que les creo su amor por la naturaleza son los poetas chilenos, sea Neruda, Pablo de Rokha o Gonzalo, pues cuando hablan invocan a la Geología en cada palabra y el resultado, más que auténtico es real, como reales y carnales son sus personajes, pues no suelen amar a la generalidad de los piojos, como les llaman, como a Victor Serge, que se acuesta sobre el motor como sobre

su cama y no en bulde era su mujer, cachetosa ante el Altitino, la que lo auxiliaba en vano en la imposible reparación del Todopoderoso. Y el principal dolor e incomodidad de Gonzalo, más que el turismo frustrado de don Christopher, a quien estas cosas no le frustran, es don Ulises, pues diabético y nuestra aventura lo ha malpasado del almuerzo puntual a las 12 y media y Gonzalo, a sus ochenta y pico, le compra un chocolate a su chofer, y don Ulises, algo perezoso debo decir, se lamentaba del Todopoderoso sin abandonar su puesto de combate, es decir, el asiento del conductor, mientras Gonzalo, su patrón, subía y bajaba del coche en busca de mecánico, de consuelo, de información de cómo salir de Puerto Montt un domingo con el Todopoderoso en plena posesión de sus facultades.

Ahora, mientras escribo, Gonzalo duerme y se lamenta, qué sé yo, a lo mejor piensa que hizo mal en decirme que soy como Neruda, que doy mala suerte para los coches, pues desde Pablo, dijo, no se le descomponía el auto, y por ello ya no quiere ir a Buenos Aires en tres días para

hablar de Borges, pues para hablar de Borges, dice, está María Kodama.

Madrugada del 16 de agosto.

Cuatro horas de conversación con Gonzalo: en la abulia del domingo en Puerto Montt, más terrible que cualquier otro domingo, en su medida de tiempo en el fin del mundo.

Habló de su experiencia política. Nunca fue del Partido Socialista y en los últimos años de la Unidad Popular estaba cerca del Movimiento de Izquierda Revolucionaria. No teniendo partido le fue negado el viaje a México y fue a dar a la República Democrática Alemana, donde lo curó de espanto el horror estalinista. Se fugó, gracias a Alberti, a Paz y a Guillermo Sacre; su dinero se lo sacó de Alemania el embajador del Perú, el mismo que sacó de la prisión a su hijo mayor, que jamás quiso volver a Chile.

De allí divagamos a nuestro querido Simón Rodríguez, cuya relación con fray Servando desconocía, así que lo divertí con la historia de la momia. Repuso a San Martín, a Bolívar, esos gigantes de los

que somos indignos y acabó por interrogarme minuciosamente sobre mi vida. "¿De dónde sacaste ese aire de señorito?", me preguntó y luego me llamó puto, *quidá* porque le hice el feo a los erizos en el mercado. Y yo miraba fijamente mi ensalada de palta...

Nunca vi como en Gonzalo tanta cortesía, tan ansiosa y tan ejemplar, tan desinteresada como la de él esta mañana, obsesionado por cruzar el estrecho y llevarme, contra viento y marea al cataclismo de las naturalezas, a conocer la tierra del papá de Galo. Sólo pude retribuirle como señorito: a sus espaldas pagué la cuenta toda del hotel.

Ya entorpecido, empecé Gonzalo a poetizar. El amor por la esdrújula. Dice que es una tontería escribir diarios—le dije que yo lo hacía y replicó que esas eran ideas de poeta—pero se siguió con Catulo para acabar lamentando que una tal Juanita, que no me conoce pero me ama (¿?) no estuviese aquí para que yo fornicase en vez de estar charlando con él. Yo le saif con que la carne es triste y él me dijo que no fuera huevón.

Junto al poeta en el fin del mundo [artículo] Christopher Domínguez Michael.

Libros y documentos

AUTORÍA

Domínguez Michael, Christopher, 1962-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2003

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Junto al poeta en el fin del mundo [artículo] Christopher Domínguez Michael.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile